

A pesar de Lamartine, que le sucedió tan gloriosamente en la elegía, Millevoye tiene aún lectores. Sigue siendo para nosotros el autor de *la Caída de las hojas*, y del *Poeta moribundo*; y estas dos poesías, lo mejor de su obra, hacen que nos le figuremos tal como era en efecto, un poeta dulce y pálido, sin ambición y sin grandes pasiones, cuya melancolía sólo templaron algunas visitas al Caveau y la lectura de L'Atteignant. Su fin prematuro, en plena juventud, contribuye á aumentar la tristeza de su recuerdo. Diríase que escribió como Gilbert en visperas de su muerte, estos versos del *Poeta moribundo*:

Compagnons dispersés de mon triste voyage  
O mes amis, ô vous qui me fûtes si chers!  
De mes chants imparfaits recueillez l'héritage,  
Et sauvez de l'oubli quelques-uns de mes vers!

No es así sin embargo, pues su volumen de elegías data de 1812. Pero, como toda aquella generación de hombres y poetas que entraron en la vida al día siguiente de la Revolución, Millevoye<sup>2</sup> conserva siempre en el alma una vaga melancolía, recuerdo confuso ó presentimiento de algún dolor. Este malestar y esta tristeza que, en medio de una literatura de tísicos y de tisana, nos procuraron el *Poeta moribundo* y *la Caída de las hojas*, debía darnos muy pronto las *Meditaciones* de Lamartine.

Henos ya en Víctor Hugo; despidámonos del siglo XVIII tan escasamente poético que, en vez de lira, se sirvió de una viola ó de una cornamusa de raso adornada con claros lazos; que no conoció sino los madrigales, las pastoras de comedia y de salón, las ovejas que se perfumaban para que saliesen en medio del baile, los despechos nada amorosos, los abandonos faltos de ternura y las penas sin lágrimas que hubieran podido desteñir el rojo de los afeites, los enervamientos sin pasión, las fatigas sin remordimiento, las codicias sin energía, los placeres sin freno, los apetitos y los deseos sin nobleza y sin pudor: siglo el más frívolo el más ficticio y á la vez el más cínicamente material y primitivo, instintivo y refinado. El alma estaba anemiada, como lo demuestra la poesía.

1. De mi triste viaje, compañeros dispersos  
En cuyo trato hallara goces puros y santos  
Recoged como herencia mis pobres, rudos cantos,  
Y salvad del olvido algunos de mis versos.

2. Respecto á Millevoye, Chénédollé, Fontanes, Arnault y otros precursores de la poesía lamartiniana, pueden leerse los interesantes *Etudes sur la littérature contemporaine* de Ed. Scherer. (N. del T.)

### APÍTULO III

#### LA NOVELA

Caracteres de la novela á principios del siglo XVIII. — J.-B. Née de la Rochelle. — Serviez. — Vignacourt. — Séthos. — Dufresny.  
LESAGE. — El hombre. — El dramaturgo. — El novelista.  
El abate Prevost. — Elivaux. — Voltaire. — J.-J. Rousseau. — FLORIAN. — La Sta. de Lussan. — De la Morlière. — Dorvigny. — Fromaget. — Cazotte. — Restif de la Bretonne. — Choderlos de Laclos. — Plancher Valcour. — Varios. — Gorjy. BERNARDIN DE SAINT-PIERRE. — El sentimiento de la Naturaleza. — BERQUIN. — Javier de Maistre.

Hemos visto de qué modo la coincidencia de la novela preciosa, metafísica y galante, con la burlesca, dió por resultado la aparición de un género nuevo que se distinguía por el cuidado más imperioso de la verosimilitud, de la verdad y del realismo. Esta exactitud se vió llevada á la práctica por algunas novelas pseudohistóricas y por ciertas obras de observación, como *los Caracteres* de La Bruyère, *el Diabolo cojuelo*, *las Cartas Siamesas* y *las Cartas Persas* en que, bajo el anónimo de un extranjero, que se halla de paso en París, el escritor mira, observa y anota. Á partir de aquel momento la novela, para gustar al público, tuvo que conformarse con la nueva corriente y presentar caracteres de un hecho real; lo fantástico y lo imaginario desagradaron. Exigiéronse relatos posibles ó llenos de vida. Tal es la nota dominante de toda la literatura novelesca de aquella época. ¡*Fabulam impendere vero!* Las generaciones preparan la venida de Juan Jacobo.

Volvamos á tomar á los novelistas en el punto en que los dejamos, á fines del siglo XVIII, después de Hamilton. Ya he citado algunos: La Sra. Gomez, la Sra. Murat, Margarita de Lussan, la Srta. Durand, la condesa de Aulnoy, la Srta. de La Force, la Sra. Petit-Dunoyer, la Srta. Lhéritier, la Srta. de La Rocheguilhen, la Sra. de Xaintonge, d'Ortigue de Vaumorière, de Mailly, de Lesconvel, Gatien Courtilz de Sandras, abuelo literario de Alejandro Dumas padre; Vignacourt, Serviez, Née de La Rochelle, Beaudot de Juilly, Vancel y Le Noble.

Esojamos uno en esta larga serie de nombres. Cuando J.-B. Née de La Rochele escribió en 1714, bajo la forma de cuento, las aventuras del mariscal de Boucicaut, sus amores con la Sta. de Beaufort, los celos de la reina Isabeau, que le consagró un amor no correspondido, el asesi-

nato del condestable de Clisson, la aventura de Carlos VI, detenido en el bosque del Mans por un hombre andrajoso que le predijo sus desgracias futuras, nos causa admiración la gran distancia que nos separa de las aventuras de Ariana y de Polexandro. Es muy cierto que el mendigo del bosque del Mans, para aumentar el horror, se ha convertido en un espectro « de rostro pálido y lívido de ojos centelleantes en los que brilla un fuego sombrío de cabellos hirsutos, de barba enmarañada y llena de sangre y de espuma. »

Pero citamos esta exageración precisamente porque es casi única en todo el curso del cuento. El resto corresponde al cuadro de un suceso real. En el relato del baile en el hotel Saint-Pol, en que el rey, disfrazado de salvaje, debió á la duquesa de Berry el no ser quemado vivo con su resinoso traje, como sus infortunados compañeros, se ve respetada la historia. También lo está en la expedición de Boucicaut emprendida para defender á Segismundo de Hungría contra Bayaceto, así como en el relato del asesinato del duque de Borgoña en Montereau-Fault-Yonne; y en cuanto á las intrigas ficticias que sirven de lazo de unión á estos hechos históricos, son notables precisamente por la sencillez y la verdad de la invención, lo natural del diálogo, y la sinceridad de la emoción. La escena en que Isabel de Baviera, impulsada por el amor y los celos, detiene á Boucicaut en una alameda de cipreses, le declara su pasión, le ordena que corresponda á ella, y echa de ver que no es correspondida, es verdadera y conmovedora. Y sólo puede compararse por el tono con ciertas páginas de la *Princesa de Clèves*:

Me habéis oído, Boucicaut, le dijo la reina; no hablo ya al súbdito; le digo al objeto de mi amor; ¿Me amas? le digo: Ámame. Lo repito, Isabeau ruega, Isabeau busca la dicha que pretenden rehusarle. ¿Qué respondes? — Señora... — Te comprendo, vacilas, la señorita de Beaufort me vence, no le perdonaré esta victoria. No olvidaré esta negativa. Olvida estos momentos de abatimiento en que me has visto. Jura que jamás hablarás de ello. Os lo juro, señora. — Aléjate y piensa que me has hecho avergonzarme.

El Sr. de Serviez escribió en 1724 una historia de los *Hombres ilustres* del Langüedoc: son monografías escrupulosas donde tendría mucho que aprender el que quisiese conocer á los langüedocianos y langüedocianas célebres, aun cuando quisiese remontarse hasta Helvia, madre de Cicerón, nacida en Albi, ó hasta Aurelio Caro, el padre de Carino y de Numeriano. Su *Historia de las mujeres galantes de la antigüedad* que se prolonga hasta el fin de la república romana y se continúa con las emperatrices romanas hasta Constantino, constituye una serie interesante de biografías que aparecieron desde 1725 hasta 1727 y cuya sola lista es instructiva. En ellas se encuentra, por ejemplo, la nomenclatura completa de los emperadores romanos con sus diferentes

esposas, desde Livia Orestila, Lolia Polina y Cesonia, las tres esposas de Calígula, hasta Galeria Fundana, la mujer de Vitelio, Marcia Furnila, la de Tito, Crispina, la de Cómodo, sin olvidar las de Nerón (Octavia, Popea, etc); es una historia completa del imperio romano por medio de las mujeres.

El caballero de Vignacourt volvió á referir por su cuenta, en 1723, en *Adela de Ponthieu*, la aventura de Leonor de Guiena. Su libro es bastante histórico para no desnaturalizar los hechos y bastante romántico al mismo tiempo para que el Sr. de La Place sacase de él una tragedia y el Sr. de Saint-Marc una ópera. En sus *Memorias históricas ó anécdotas secretas y galantes de la duquesa de Bar*, la Sta de La Force inventó una correspondencia entre Enrique IV y la condesa de Guiche, y estas cartas apócrifas están á lo menos tan bien escritas que durante algún tiempo se las consideró como auténticas.

Esta afición, no sólo á la verdad general, sino también á la erudición histórica y á la exactitud minuciosa en las investigaciones, halla su expresión bastante completa en una novela del abate Terrason, ensayo de restauración arqueológica que precede en más de un siglo á *Salammbó* ó á la *Novela de la Momia*: es el *Sethos*, en que al autor, un sabio y un investigador al mismo tiempo, trata de hacer revivir el antiguo Egipto. Conocía la antigüedad y había traducido en siete volúmenes la inmensa historia universal de Diodoro de Sicilia. En *Sethos* quiso hacer una obra de ciencia y de moral que presentase un cuadro de la civilización antigua y el de una vida completa consagrada á viajes y aventuras.

*Sethos*, historia ó vida sacada de los monumentos y anécdotas del antiguo Egipto traducidas de un manuscrito griego, hace viajar á un príncipe joven que se instruye en la ciencia de las leyes y de las costumbres. Se ve perseguido por una madrastra, es iniciado en los misterios de Isis, rechaza á los enemigos, es herido en el combate, hecho prisionero y vendido á unos fenicios que se lo llevan cautivo. Este príncipe esclavo realiza prodigios de valor, salva á la Fenicia y es nombrado almirante de una flota que emprende el periplo del África, llena el universo con la fama de su sabiduría y de sus hazañas. Vuelve á Egipto, se hace reconocer, renuncia al trono y á su amada, y envejece en la virtud.

*Sethos* es primo de Telémaco y de Anacarsis, — un primo pobre. La influencia de esta literatura nueva modificó profundamente las obras de pura imaginación. La ficción se hizo más sabia, menos insubstancial; se mantuvo más cerca de nosotros y de la tierra. Se consideró

1. Parece haberse inspirado en esta curiosa novela el autor inglés de la famosa novela *Ben-Hur*, de la que tantas ediciones se han hecho en todas las lenguas. Las peores, por supuesto, son las traducciones españolas. (N. del T.)

la vida suficientemente romántica por sí misma sin que hubiese necesidad de ir á buscar asuntos en la más desordenada fantasía.

Ya he hablado de Gregorio de Challes<sup>1</sup>. En el mismo género hay que citar á Dufresny, un tipo nada vulgar.

Lesage, en el *Diablo cojuelo*, cuenta la historia de un solterón de buena familia que apenas coge un ducado se apresura á gastarlo y que, no pudiendo pasar sin dinero, es capaz de hacer cualquier cosa para procurárselo.

Su lavandera, á quien debía 30 pistolas, fué á pedirselas, diciéndole que las necesitaba para casarse con un ayuda de cámara que la pretendía:

— Según eso tienes más dinero, le dijo Dufresny, porque ¿dónde demonios hay un ayuda de cámara que consintiera en ser tu marido por treinta pistolas?

— ¡ Ah! ya lo creo, respondió ella, tengo además de esto doscientos ducados.

— ¡ Doscientos ducados! replicó él con emoción; caramba! no tienes más que dárme los, me caso contigo y estamos en paz.

De esta suerte se convirtió la lavandera en esposa de Dufresny.

El tal Dufresny era nieto de Enrique IV por su bisabuela, la hermosa jardinera d'Anet; era poeta, pintor, músico, dibujante de jardines, autor dramático, bohemio y hombre de ingenio, que decía: « La pobreza no es vicio, es algo peor ».

Compuso comedias, canciones, y obras en prosa, entre las cuales, si podemos desdeñar la historia fantástica y satírica del *Pozo de verdad* que apareció en 1698, debemos á lo menos fijarnos en los *Entretencimientos serios y cómicos*, impresos por primera vez en 1699 y en varios *Cuentos* insertos en el *Mercurio*. Los *Entretencimientos* son el relato del viaje de un siamés á Europa; el cual mira, observa y anota sus impresiones: es como una primera forma de las *Cartas Persas* que datan de 1721. El siamés de Dufresny traza un cuadro pintoresco y suficientemente exacto de la sociedad que observa. Cuadro que puede figurar entre las pinturas más verdaderas de la época. Henos en la corte: « Es un país muy divertido; se respira excelente aire, las avenidas son risueñas y de aspecto agradable. No sé si el terreno de la corte es muy sólido; he visto algunos recién llegados andar por él con la mayor confianza, mientras que otros, ya maestros en el oficio, sólo caminaban temblando. « En otra parte anota la impresión que le causa la animación que reina en París: « Al ver vuestro París, me imagino que veo un gran animal; las calles son otras tantas venas en donde circula la gente ». La Ópera le encanta: « es una mansión seductora, el país de

1. Tomo I, 329.

las metamorfosis; un silbido os hace trasladaros al país de los dioses, y otro os lleva de nuevo al de las hadas; las hadas de la Ópera encantan como las otras, pero sus encantos son más naturales si se exceptúan el blanco y el carmín. »

Hay también retratos que parecen arrancados de la galería de La Bruyère:

« Las mujeres de París son pájaros divertidos que cambian de plumaje dos ó tres veces al día »; y esta distribución ingeniosa: « Aunque todas las mujeres de París habitan la misma ciudad se dividen en varias naciones diferentes; hay la nación cortesana de las mujeres de buena sociedad; la nación salvaje de las provincianas y de las burguesas de mal tono; la nación libre de las coquetas; la nación apacible y tranquila de las mujeres que engañan á su marido y tienen sin embargo interés en contentarle; la nación aguerrida de las intrigantes; la nación de las tímidas (apenas si hay algunas), la nación bárbara de las suegras; la nación orgullosa de las burguesas de calidad; la nación errante de las que andan siempre de visita, y la nación indomable de las gazmoñas y de las maldicientes<sup>1</sup>. » Abundan las reflexiones y anécdotas por el estilo de las de *los Caracteres*, las máximas que revelan siempre la observación penetrante de la realidad, y á veces hasta un pesimismo extraño en aquella época y en semejante hombre, según se echa de ver en el extraordinario juicio acerca de la vida: « Un niño de cuatro días es ya bastante viejo para morir. »

En cuanto á los *Cuentos* escritos de 1710 á 1712, el *Matrimonio de interés*, la *Aventura de Carnavál*, etc., son bastante verosímiles para poder llevar todos el título que lleva uno de ellos: *Historia enteramente verdadera*.

En este movimiento febril de novedad que hizo salir á luz incalculable número de novelas, sobresale un nombre que domina como el de Regnard en el teatro: es el de Lesage, autor de *Gil Blas*, nombre considerable que vale la pena de que nos detengamos algo en él.

Alain René Lesage, el immortal autor de *Gil Blas de Santillana* era bretón. Nació el 8 de mayo de 1668 á las ocho de la noche en Sarzeau, pequeña aldea del Morbihan, en el fondo del golfo donde las olas se estrellan con violencia en las negras rocas de Ars y de las islas de los

1. En nuestros días hubiera podido agregar la *nación de las extranjeras*, que va imponiéndose cada día más en la vida parisiense y cuyas costumbres y diversidad de tipos se hallan reflejados en las literatura moderna. Merecen leerse, en este sentido, la interesante de Pierre de Coulevrant: *Nobleza americana*, y *La Feria en la plaza* del refinado escritor Romain Rolland. (N. del T.)

Monjes, al pie del viejo castillo de Sucinio y de las ruinas de la Abadía de San Gildas de Rhuiz, donde habitó Pedro Abelardo.

Llamábase su padre Claudio Lesage de Kerboustil; era notario, escribano de la corte y recaudador de la señoría de Roys. Su madre se llamaba Brenugat.

Aun existe en Sarzeau la casa natal en la calle Bécherel, cerca del humilladero de la cruz Pirio. Ha sido restaurada y adornada con una lápida conmemorativa.

La familia Lesage era rica y considerada.

Tenía René catorce años cuando perdió á sus padres y fué confiado á tutores infieles que malbarataron su hacienda y se libraron de la presencia del joven poniéndole en el colegio donde hizo excelentes estudios, á juzgar por la erudición de sus obras, cuyos héroes son todos « muy fuertes en humanidades » según la frase del arzobispo de Granada.

Fué en seguida á París para estudiar derecho. Se hizo abogado, pero no defendió pleitos. En sus novelas jamás echó mano de sus conocimientos jurídicos; parece mucho más versado en la medicina que en el derecho, como si hubiese hecho estudios especiales. Pero no hay datos que nos autoricen á afirmar que estudió medicina.

Á los ventiséis años se casó con una española, que le inspiró sin duda la afición á las novelas castellanas en las que tanto debía espigar. El año siguiente se estrenó en las letras con una traducción de las *Cartas de Aristeneto* que pasó inadvertida. Por este tiempo se puso bajo la protección del abate de Lyonne que se bebía todos las mañanas 22 pintas del agua del Sena y en quien tal vez pensó Lesage al trazar en *Gil Blas* su célebre tipo del Doctor Sangredo<sup>1</sup>. Este prior de Lyonne fué quien aconsejó á Lesage que leyese las novelas españolas, las cuales le iban á suministrar abundantes materiales para su carrera literaria.

Vivía entonces en un callejón sin salida de la feria de Saint-Germain, cerca de San Sulpicio, en cuya iglesia se casó. En 1698 tenía dos hijos. Puso manos á la obra para ganarse la vida. Como Scarron y Corneille, tradujo comedias españolas, una de las cuales, *Le Point d'honneur*<sup>2</sup>, de Francisco de Rojas, fué representada en la Comedia francesa y produjo á su autor doscientos sesenta y tres francos. Ni *Le Traître puni*<sup>3</sup>, ni *Don César de los Ursinos*<sup>4</sup> tuvieron más fortuna. Testarudo como un bretón, no se desalentó. En 1707 dió con gran éxito una comedia en un acto, *Crispín rival de su amo*. El asunto es divertido. Angélica, hija de Orontes, se halla desposada con Valerio, á quien no conoce. Crispín,

1. Tal vez tenga más próximo parentesco con el famoso doctor Pedro Recio Tirteafuera del *Quijote*. (N. del T.)

2. *Le Point d'honneur* se titula en español: *No hay amigo para amigo*. El Sr. Alfonso Royer (*Histoire universelle du théâtre*) dice simplemente que no tuvo éxito. El Sr. Martinenche en su obra *La Comédie espagnole en France* no la cita. (N. del T.)

3. *Le Traître Puni* está tomado de la comedia de Rojas: *La Traición busca castigo*. (N. del T.)

4. Está tomado de la comedia de Calderón: *Peor está que estaba*. (N. del T.)

criado de Valerio, enviado con anticipación, se hace pasar por su amo y sería aceptado como yerno si no se descubriese al fin el ardid. Lesage se volvió á servir de este asunto para un episodio del *Gil Blas*. La noche de la primera representación, ascendió la entrada á 2.370 francos.

Alentado por este éxito, escribió Lesage su obra dramática *Turcaret*, en 1709.

Para comprender su valor y su alcance, hay que recordar lo que en el siglo XVIII se llamaba *la Ferme* (El arriendo). Era una organización financiera mediante la cual arrendaba el rey los impuestos á unos banqueros llamados *Tratantes ó Partidarios*. Éstos le aseguraban el pago de las rentas y se encargaban de cobrarlas, estrujando al pueblo y haciéndole pagar el doble ó triple de lo que ellos habían dado. Eran el terror de los pobres, verdaderos verdugos del dinero, codiciosos y crueles. Saint-Simón dice de uno de ellos: « Les sacaba la sangre á los súbditos del rey hasta la última gota en medio de ahogados sollozos ». Se los detestaba, pero se tenía necesidad de ellos, empezando por el rey, á quien prestaban dinero, porque tenían entre sus manos casi toda la fortuna de Francia.

La sostenían como la cuerda sostiene al ahorcado<sup>1</sup>.

Fué en 1709 cuando Lesage lanzó á los pies de los Arrendadores, únicos que eran ricos y que vivían á su anchas, el cohete explosivo que se llamó *Turcaret*.

La gente de dinero se alarmó; antes de la explosión ofreció á Lesage 100.000 francos si retiraba su obra de los ensayos. Nuestro honrado bretón se negó á ello y fué representado *Turcaret*.

Produjo una inmensa explosión de risa y de odio contra los Hacendistas. Lesage, que nada temía, no cejó en la lucha.

El paso propiciatorio dado por los financieros antes de la primera representación excitó la curiosidad pública y contribuyó al éxito. La duquesa de Bouillon ofreció en sus salones, á sus invitados, una lectura anticipada de esta pieza de gran efecto. Esto procuró al mismo Lesage la ocasión de dar una nueva prueba de su altivez. Llegó con una hora de retraso á casa de la duquesa, que se lo hizo observar con dureza. Lesage, que acababa de entrar recogió su manuscrito y respondió:

Señora os he hecho perder una hora, voy á haceros ganar dos.

Y salió sin leerla.

La primera representación fué ruidosa. Hubo disputas. Lesage ha contado todo esto por sí mismo en un diálogo llamado *Crítica de Turcaret*.

1. Véase Leo Claretie, *Lesage romancier*, y en *Lesage el hombre y el escritor*, para lo relativo á las relaciones que hubo entre los hacendistas y la literatura.

Turcaret viene de turco. Es un hombre feroz para los negocios. Está casado, pero ha dejado á su mujer en Valognes, donde le paga una pensión para que no venga á París á perturbarle en su vida mundana. Se lo está comiendo una baronesa. Es objeto de burla para un marqués, y su familia, de la que no tiene por qué orgullecerse, viene á sorprenderle y perseguirle en París, en medio de aquel gran mundo; su hermana es corredora, y su mujer una provinciana ridícula; él por su parte es hijo de un jardinero. Dice y hace cien tonterías y sólo tiene autoridad para dirigir los negocios con implacable rapacidad. Se nos presenta bajo dos aspectos diferentes: el de un hombre grotesco, mal educado, grosero, brutal, bonachón en el gran mundo donde hace el efecto de un ganapán estúpido, y al mismo tiempo el de un hombre muy activo para los negocios. Desconfía de la bondad y repite la frase: « ¡Demasiado bueno! ¡Demasiado bueno! » con que Boileau aconsejaba irónicamente al futuro hacendista que acorazase su corazón y que fuese corsario. Es también la misma frase de Letellier, cuando decía al rey hablando de Lepelletier propuesto para un elevado cargo en hacienda:

— Señor, no es á propósito para ese empleo. ¿Por qué? Porque no tiene el alma bastante dura.

Si la intriga de *Turcaret* es algo lenta, en cambio esta pieza es la obra maestra del estilo teatral, y rara vez se vió un carácter trazado con más relieve, vigor, verdad y vida que el de *Turcaret*, nombre que ha pasado á la lengua corriente y ha enriquecido con una creación inmortal la galería de los tipos más originales que han producido el teatro y la novela.

Lesage tuvo algunas dificultades con los cómicos á propósito de esta obra. Ya se sabe de qué modo ingenioso y duro se vengó de ellos en *Gil Blas*. El efecto más sensible de este pique fué privar al teatro de otras obras maestras, pues Lesage renunció para siempre á las grandes escenas para consagrarse al oficio de escribir libretos de zarzuela para el teatro de la feria, que se hallaba entonces en todo su apogeo y atraía brillante concurrencia. Á él acudían el rey y la corte. La Ópera y la Comedia francesa sintieron la mayor inquietud por su éxito y prohibieron á dicho teatro que les hiciese competencia; la Ópera prohibió á los cómicos de la feria el que cantasen, y el Teatro Francés el que dialogasen; con estas reservas podían representar lo que les diera la gana. Recurrieron á toda clase de subterfugios, hicieron que el público cantase las coplas, escribieron diálogos en que uno de los interlocutores se expresaba en jerga y eludieron con mil astucias las prohibiciones. Los mejores autores de la época les prestaron el concurso de su talento.

Lesage escribió mucho para dicho teatro que le procuraba emolumentos fijos y crecidos.

Al mismo tiempo colocaba bastante alto un género nuevo, llamado al más brillante porvenir; de él ha salido la Ópera Cómica y hacía su brillante defensa en la siguiente carta inédita dirigida á Fuzellier:

Vuestras reflexiones acerca de los autores que prostituyen su pluma escribiendo óperas cómicas serían buenas si, por un exceso de modestia, no rebajaseis un género en el que triunfan pocos de nuestros buenos ingenios por falta de talento. Boileau, Corneille, Racine y hasta el mismo Rousseau no lograron triunfar en los dramas líricos, y el satírico B. se ha desencadenado en vano contra las óperas á las que daba el calificativo de pamplinas poéticas. Todas las personas de buen gusto han vengado á Quinault y el académico que nada entendía en esta materia hubiera hecho mejor en confesar su incompetencia en vez de llamarla una simpleza, porque había fracasado en sus ensayos. El público inteligente hará hoy lo mismo en favor de los autores agradables que se os parecen.

Después de la prohibición, hasta hizo libretos para los títeres. Era sin duda una ocupación algo inferior en un género popular y no faltaron copleros que le echasen en cara con malicia semejante decadencia.

Pero ¡había que vivir! Durante veintiséis años, Lesage escribió para los feriantes que pagaban bien. Sobresalió en las escenas propias de este género, como actualidades, retruécanos, sátiras y extravagancias.

Una de sus farsas para el teatro de la feria se llama *Arlequin coronel* y es adaptación de una comedia que Lesage hizo representar en 1732 en el Teatro Francés con el título de la *Tontina*. Esta pieza databa de 1708. El escándalo de *Turcaret* la hizo volver á la carpeta por espacio de veinticuatro años. Cuando se escribió era de actualidad. Se trataba de una invención del napolitano Tonti que había ideado un género de asociación en las que varios particulares ponían en común determinada suma cuya totalidad debía repartirse en época determinada entre los supervivientes. Todos los asociados tenían pues interés en vivir el mayor tiempo posible á fin de heredar á sus compañeros. Lesage imaginó un doctor que había colocado 40.000 libras en la *Tontina* por cuenta de su jardinero, mocetón sólido que parece llamado á vivir largo tiempo. El médico le cultiva, le cuida y le inunda de lavativas; se ve claramente el tema de las bromas<sup>1</sup>.

Esto es cuanto hay que decir acerca de la obra dramática de Lesage. El teatro le recibió demasiado mal para que él quisiese seguir contribuyendo á su ilustración. Su desdén de las tablas fué beneficioso para la

<sup>1</sup> Este mismo tema de la *Tontina*, ha sido últimamente desarrollado en una graciosa novela inglesa *The Wrong box*. (N. del T.)